

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum Non praevalent

Año LIV, número 13 (2.762)

Ciudad del Vaticano

3 de abril de 2022

Seguir caminando juntos

Dolor y vergüenza

«A través de vuestras voces he podido tocar con las manos y llevar dentro de mí, con gran tristeza en el corazón, las historias de sufrimiento, privaciones, tratos discriminatorios y varias formas de abuso sufridas por varios de vosotros, en particular en las escuelas residenciales». Así lo ha indicado el Papa Francisco, en la mañana del 1 de abril, en la audiencia con la delegación de los pueblos indígenas de Canadá –Métis, Inuit y First Nations– con quienes se había reunido durante la semana en tres grupos diferentes. Subrayando el valor de estos pueblos, su «cuidado por el territorio» entendido como un don del Cielo, así como el «custodiar la memoria de los antepasados», el Pontífice también ha lamentado que la cadena que ha transmitido saberes y estilos de vida, en unión con el territorio, «fue rota por la colonización, que sin respeto ha arrancado a muchos de ustedes de su entorno vital y

tratado de conformarlos a otra mentalidad». El Papa Francisco ha expresado indignación y vergüenza: «Dolor y vergüenza por el papel que diferentes católicos, en particular con responsabilidades educativas, han tenido en todo lo que os ha herido, en los abusos y en la falta de respeto hacia vuestra identidad, vuestra cultura e incluso vuestros valores espirituales». De este modo, el Obispo de Roma ha pedido «perdón a Dios» por la conducta deplorable de esos miembros de la Iglesia católica. Quisiera deciros –concluyó el Papa– que la Iglesia está de vuestra parte y quiere seguir caminando junto a vosotros en un camino renovado, constructiva, fecunda, donde encuentros y proyectos compartidos podrán ayudar».



EN ESTE NÚMERO

En el Ángelus el Pontífice denuncia la bestialidad del conflicto en Europa oriental como acto bárbaro y sacrílego

Cancelar la guerra antes de que la guerra cancele al hombre

PÁGINA 2

La "Caravana Latinoamericana por la Ecología Integral en Tiempos Extractivistas" presenta sus propuestas

Convivir en armonía con la naturaleza

PÁGINA 3

La técnica de desestimar las palabras de Francisco como llamamientos de circunstancia

«El Papa habla de paz, pero...»

ANDREA TORNIELLI EN PÁGINA 4

El Papa vuelve a hablar de la guerra y pide una forma diferente de gobernar el mundo proponiendo el papel de las mujeres para sostener el modelo del cuidado

Es una locura seguir la vieja lógica del poder

PÁGINA 5

La homilía durante la celebración penitencial en la basílica vaticana

Los hijos recurren a la Madre en la tribulación de esta guerra cruel e insensata

PÁGINA 6

«Fratelli tutti» y las acciones de un ecumenismo hacia la paz

MARCELO FIGUEROA

¡En un *oikoumenē* sangrando de muerte por una guerra, el ecumenismo debe estar más vivo que nunca construyendo caminos de paz! El diálogo y el encuentro ecuménico "desde las vísceras" naciente de las profundidades de una humanidad sufriendo y aturdida por esta guerra, pueden y deben provocar algunas acciones concretas en el difícil camino hacia la paz.

Desde el primer capítulo de la Encíclica *Fratelli tutti*, el Papa Francisco, ya en octubre de 2020, alertaba sobre una paz endeble, la amenaza de una guerra y la necesidad de reforzar nuevos caminos hacia la paz. En los apartados #10 y #11 leemos «Durante décadas parecía que el mundo había aprendido de tantas guerras y fracasos y se dirigía lentamente hacia diversas formas de integración... Pero la historia da muestras de estar vol-



viendo atrás... Lo que nos recuerda que cada generación ha de hacer suyas las luchas y los logros de las generaciones pasadas y llevarlas a metas más altas aún. Es el camino. El bien, como también el amor, la justicia y la solidaridad, no se alcanzan de una vez para siempre; han de ser conquistados cada día». De la misma Encíclica *Fratelli tutti*, tomaremos tres acciones hacia la paz según lo expresado en el primer párrafo del pre-

sente artículo. Estas son: La oración del pueblo humilde como base mítica del ecumenismo. La acción concreta de los corredores humanitarios. Las negociaciones genuinas, valientes y duraderas de los líderes, especialmente de los religiosos.

En primer término, la oración ecuménica de toda la humanidad, independiente de la manera que cada uno tiene para relacionarse con Dios, resulta una de las fuerzas más genuinas y poderosas de la espiritual mítica hacia el Dios de Paz. En el apartado #231 de la citada encíclica se explicita que «...los procesos efectivos de una paz duradera son ante todo transformaciones artesanales obradas por los pueblos, donde cada ser humano puede ser un fermento eficaz con su estilo de vida cotidiana. Las grandes transformaciones no son fabri-

SIGUE EN LA PÁGINA 7

En el Ángelus el Pontífice denuncia la bestialidad del conflicto en Europa oriental como acto bárbaro y sacrílego

Cancelar la guerra antes de que la guerra cancele al hombre

«Frente al peligro de autodestruirse, la humanidad comprenda que ha llegado el momento de abolir la guerra, de cancelarla de la historia del hombre antes de que sea ella quien cancele al hombre de la historia». Con un nuevo llamamiento al finalizar el Ángelus del día 27 de marzo, el Papa volvió a denunciar la bestialidad del conflicto en Ucrania, como «acto bárbaro y sacrílego». Antes de recitar la oración mariana desde la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano con los fieles presentes a medio día en la plaza de San Pedro, el Pontífice había comentado el Evangelio del cuarto domingo de Cuaresma centrado en la conocida parábola del hijo pródigo.

Queridos hermanos y hermanas, feliz domingo, ¡buenos días!
El Evangelio de la Liturgia de este domingo narra la parábola llamada del hijo pródigo (cfr. Lc 15,11-32). Esta nos lleva al corazón de Dios, que siempre perdona con compasión y ternura, siempre. Dios perdona siempre, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, pero Él perdona siempre. Nos dice que Dios es Padre, que no solo acoge de nuevo, sino que se alegra y hace fiesta por su hijo, que ha vuelto a casa después de haber derrochado todos sus bienes. Nosotros somos ese hijo, y conmueve pensar en cuánto nos ama y espera siempre el Padre.

Pero en la misma parábola está también el hijo mayor, que entra en crisis frente a este Padre. Y que puede ponernos en crisis también a nosotros. De hecho, dentro de nosotros está también este hijo mayor y, al menos en parte, tenemos la tentación de darle la razón: siempre había hecho su deber, no se había ido de casa, por eso se indigna al ver al Padre abrazar de nuevo al hermano que se ha portado mal. Protesta y dice: «Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya», sin embargo, por «ese hijo tuyo» ¡incluso celebras una fiesta! (vv. 29-30). «No te entiendo». Es la indignación del hermano mayor.

De estas palabras emerge el problema del hijo mayor. En la relación con el Padre él basa todo en el puro cumplimiento de los mandamientos, en el sentido del deber. Puede ser también nuestro problema, nuestro problema entre nosotros y con Dios: perder de vista que es Padre y vivir una religión distante, hecha de prohibiciones y deberes. Y la consecuencia de esta distancia es la rigidez hacia el prójimo, que ya no se ve como hermano. De hecho, en la parábola el hijo mayor no dice al Padre mi hermano, no, dice tu hijo, como diciendo: no es mi hermano. Y al final precisamente él corre el riesgo de quedar fuera de casa. De hecho —dice el texto— «no quería entrar» (v. 28). Porque estaba el otro. Viendo esto, el Padre sale a suplicarlo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo» (v. 31). Trata de hacerle entender que para él cada hijo es toda su vida. Lo saben bien los padres, que se acercan mucho al sentir de Dios. Es bonito lo que dice

un padre en una novela: «Cuando me convertí en padre, entendí a Dios» (H. de Balzac, El padre Goriot, Milán 2004, 112). En este momento de la parábola, el Padre abre el corazón al hijo mayor y le expresa dos necesidades, que no son mandamientos, sino necesidad del corazón: «Convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida» (v. 32). Veamos si también nosotros tenemos en el corazón dos necesidades del Padre: celebrar una fiesta y alegrarse.

En primer lugar, celebrar una fiesta, es decir manifestar nuestra cercanía a quien se arrepiente o está en camino, a quien está en crisis o alejado. ¿Por qué hay que hacer así? Porque esto ayudará a superar el miedo y el desánimo, que pueden venir al recordar los propios pecados. Quien se ha equivocado, a menudo se siente reprendido por su propio corazón; distancia, indiferencia y palabras hirientes no ayudan. Por eso, según el Padre, es necesario ofrecerle una acogida cálida, que aliente para ir adelante. «¡Pero padre este ha hecho muchas cosas!»: cálida acogida. Y nosotros, ¿hacemos esto? ¿Buscamos a quien está lejos, deseamos celebrar fiesta con él? ¡Cuánto bien puede hacer un corazón abierto, una escucha verdadera, una sonrisa transparente; celebrar fiesta, no hacer sentir incómodo! El padre podría decir: está bien hijo, vuelve a casa, vuelve a trabajar, vete a tu habitación, prepárate y ¡al trabajo! Y este habría sido un buen perdón. ¡Pero no! ¡Dios no sabe perdonar sin hacer fiesta! Y el padre hace fiesta, por la alegría que tiene porque ha vuelto el hijo.

Y después, según el Padre, es necesario alegrarse. Quien tiene un corazón sintonizado con Dios, cuando ve el arrepentimiento de una persona, por graves que hayan sido sus errores, se alegra. No se queda quieto sobre los errores, no señala con el dedo el mal, sino que se alegra por el bien, ¡porque el bien del otro es también el mío! Y nosotros, ¿sabemos ver a los otros así? Me permito contar una historia, inventada, pero que hace ver el corazón del padre. Está esta obra pop, hace tres o cuatro años, sobre el argumento del hijo pródigo, con toda la historia. Y al final, cuando el hijo decide volver a casa del padre, habla con un amigo y le dice: «Sabes, tengo miedo



de que mi padre me rechace, que no me perdone». Y el amigo le aconseja: «Manda una carta a tu padre y dile: 'Padre, estoy arrepentido, quiero volver a casa, pero no estoy seguro si tú estarás contento. Si quieres recibirme, por favor, pon un pañuelo blanco en la ventana'». Y después empezó el camino. Y cuando estaba cerca de casa, en la última curva del camino, tuvo de frente su casa. ¿Y qué vio? No un pañuelo: estaba llena de pañuelos blancos, las ventanas, ¡todo! El Padre nos recibe así, con plenitud, con alegría. ¡Este es nuestro Padre!

¿Sabemos alegrarnos por los otros? Que la Virgen María

nos enseñe a acoger la misericordia de Dios, para que se vuelva la luz en la que mirar a nuestro prójimo.

Después del Ángelus el Papa lanzó un llamamiento por Ucrania y recordó el segundo aniversario de la histórica Statio orbis del 27 de marzo de 2020 por el final de la pandemia. Al saludar a los presentes, habló también de las iniciativas de solidaridad promovidas por la Atletica Vaticana.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Ha pasado más de un mes desde el inicio de la invasión de Ucrania, desde el inicio de esta guerra cruel e insensata que, como toda guerra, repre-

senta una derrota para todos, para todos nosotros. Hay necesidad de repudiar la guerra, lugar de muerte donde los padres y las madres entierran a los hijos, donde los hombres asesinan a sus hermanos sin ni siquiera haberles visto, donde los poderosos deciden y los pobres mueren.

La guerra no devasta solo el presente, sino también el futuro de una sociedad. He leído que desde el inicio de la agresión a Ucrania un niño de cada dos se ha desplazado del país. Esto quiere decir destruir el futuro, provocar traumas dramáticos en los pequeños e inocentes entre nosotros. Esta es la bestialidad de la guerra, ¡acto bárbaro y sa-

crílego!

La guerra no puede ser algo inevitable: ¡no debemos acostumbrarnos a la guerra! Más bien debemos convertir la indignación de hoy en el compromiso de mañana. Porque, si de esta situación salimos como antes, de alguna manera todos seremos culpables. Frente al peligro de autodestruirse, la humanidad comprenda que ha llegado el momento de abolir la guerra, de cancelarla de la historia del hombre antes de que sea ella quien cancele al hombre de la historia.

¡Rezo para que todo responsable político reflexione sobre esto, se comprometa con esto! Y, mirando a la atormentada Ucrania, entienda que cada día de guerra empeora la situación para todos. Por eso renuevo mi llamamiento: ¡basta, que se detengan, callen las armas, se trate seriamente para la paz! Recemos de nuevo, sin cansarnos, a la Reina de la paz, a la cual hemos consagrado la humanidad, en particular Rusia y Ucrania, con una participación grande e intensa, por la que doy las gracias a todos vosotros. Reza-mos juntos. Dios te salve María...

Saludo a todos vosotros, romanos y peregrinos venidos de Italia y de diferentes países. En particular, saludo a los fieles procedentes de México, Madrid y León, a los estudiantes de Pamplona y de Huelva, y a los jóvenes de varios países que han vivido un periodo de formación en Loppiano. Saludo a los parroquianos de Nuestra Señora de Valme en Roma y a los de San Jorge en Bosco, Bassano del Grappa y Gela; los chicos de confirmación de Frascati y el grupo "Amigos de Zaquco" de Reggio Emilia; como también el Comité Promotor de la Marcha Perugia-Asís de la Paz y de la Fraternidad, que ha venido con un grupo escolar para renovar el compromiso de educación a la paz.

¡Saludo a los participantes del Maratón de Roma! Este año, por iniciativa de la "Athletica Vaticana", numerosos atletas se han implicado en las iniciativas de solidaridad con las personas que en la ciudad viven en la necesidad. ¡Os felicito!

Precisamente hace dos años, en esta plaza, elevamos la súplica por el final de la pandemia. Hoy lo hemos hecho por el final de la guerra en Ucrania. A la salida de la plaza se os regalará un libro, realizado por la Comisión Vaticana Covid-19 con el Dicasterio para la Comunicación, para invitar a rezar en los momentos de dificultad, sin miedo, teniendo siempre fe en el Señor. A todos os deseo un feliz domingo y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

La "Caravana Latinoamericana por la Ecología Integral en Tiempos Extractivistas" presenta sus propuestas

Convivir en armonía con la naturaleza

ROCÍO LANCHO GARCÍA

Las voces de las víctimas del extractivismo minero en América Latina ha llegado a Europa para denunciar las violaciones de derechos humanos que se viven a consecuencia de la imposición de una agenda extractivista que no se detiene en la región. La "Caravana Latinoamericana por la Ecología Integral en Tiempos Extractivistas" partió desde Brasil, Colombia, Honduras y Ecuador, de donde proceden líderes comunitarios, agentes de pastoral, activistas e investigadores. La Caravana hizo etapa en Roma del 25 al 29 de marzo, donde pudieron reunirse con el Dicasterio para el Desarrollo humano integral y con la Pontificia Comisión para América Latina.

El sacerdote colombiano Juan Carlos Osorio Arena, de la diócesis de Caldas, Antioquía, es director de pastoral social y miembro de la alianza del sur en defensa del territorio contra la minería. En entrevista con L'Osservatore Romano explica que "dentro del periplo que estamos realizando estaba concebido llegar a Roma para entrevistarnos con organismos que consideramos claves a la hora de presentar las dificultades, gritos y sufrimientos de tantos y tantas que en nuestro continente Latinoamericano están sufriendo los impactos ambientales y sociales que genera la megaminería extractivista de las multinacionales". Roma —precisa el sacerdote— es un sitio fundamental puesto que aquí están los organismos

de la Iglesia católica, contactos e interconexiones que pueden ayudar a la Red de Iglesias y Minería para solidarizarse de un modo directo con esta nueva amenaza que se cierne sobre millones de personas que sufren los embates de las multinacionales megaminerías.

La Red Iglesias y Minería es un espacio ecuménico, conformado por comunidades cristianas, equipos pastorales, congregaciones religiosas, grupos de reflexión teológica, laicos, obispos y pastores que buscan "responder a los desafíos de los impactos y violaciones de los derechos socio-ambientales provocados por las actividades mineras en los territorios donde vivimos y trabajamos". Entre sus iniciativas está la Campaña de Desinversión en Minería: la desinversión —explican— es una herramienta concreta para enfrentar un modelo económico extractivista que genera devastación y desigualdad.

Sobre las reuniones en el Vaticano desde la organización aseguran que "nuestra Iglesia Universal necesita escuchar las voces de martirio, que se viven en la actualidad, enraizadas en un sistema económico, que tiene que cambiar y tenemos que combatir. Las comunidades afectadas por la minería saben que en las estructuras eclesiales existen espacios y oídos receptivos para recibir sus gritos de dolor y sus esperanzas de una vida digna, con justicia y con respeto a sus decisiones". El padre Osorio precisa que en estos discursos "afines a las situaciones y temáticas que esta-



mos trabajando nosotros desde la Red de Iglesias y Minería" buscaban "una escucha empática", que puedan escuchar "de modo directo las voces de quienes sufren los embates de la mega minería extractivista". Han traído hasta aquí casos tan elocuentes como el de Brasil, donde la minería "ha arrasado y causado muerte y tiene víctimas, cuyos procesos penales y jurídicos civiles aún no encuentran respuesta por parte de las autoridades nacionales y también de las multinacionales". Que en el Vaticano hayan escuchado estos testimonios para ellos "es fundamental" así como que "puedan mirar cómo ayudar a resarcir" y apremiar a

que viene de América Latina" y "hacerse eco de estas demandas que se tienen". Por otro lado, el sacerdote también explica cuáles son las propuestas concretas que quieren aportar. Por ejemplo, en el plano jurídico los tratados internacionales,

posibilidad de decidir, este será el camino". Para la Caravana el principal objetivo de este viaje es "presentar las realidades de las comunidades" y "denunciar las violaciones a los derechos humanos y a la naturaleza sufridas como resultados

Las comunidades afectadas por la minería saben que en las estructuras eclesiales existen espacios y oídos receptivos para recibir sus gritos de dolor y sus esperanzas de una vida digna, con justicia y con respeto a sus decisiones

la Ley de debida diligencia, la campaña de desinversión económica, ayudar económicamente a las comunidades para realizar estudios de impacto ambiental, formación política de quienes están luchando y haciendo resistencia en los territorios, y solidaridad para que cesen los ataques contra los líderes ambientales en estos territorios.

El impacto de la megaminería es desastroso, asegura el padre Juan Carlos. Lamenta el miedo por el desplazamiento de personas, porque sus cultivos y formas de vida están siendo violentadas; se van agotando los recursos hídricos a causa de la exploración minera, y evidentemente si no hay agua no hay cultivos. Existe un impacto en el aire, en la fauna en la flora, y hay que tener en cuenta que muchas especies son endémicas, son propias de estos lugares. "El impacto es funesto para el medio ambiente", asevera. Otro aspecto a tener en cuenta es que se ha creado "división entre comunidades ya que algunos apoyan la megaminería y otros no y eso ha generado una fragmentación del tejido social".

Por su parte, Larissa Pereira Santos, periodista que trabaja en defensa de los derechos humanos y la naturaleza en la Amazonia brasileña, explica también que "las alternativas que surgen desde los territorios, "solo son posibles construir las a través de una diálogo atento y sincero". Los pueblos de estos territorios, espacialmente los indígenas y quilombolas afectados por la minería, "anuncian la ecología como el camino a seguir en el cuidado de la madre tierra" y sobre todo "quieren el derecho a decidir sobre sus territorios, tener la

de las acciones de las empresas de minería del agronegocio". Con esta Caravana —aseveramos incidir en los departamentos de las Iglesias, de los bancos, las universidades, sobre las realidades desde los territorios y los temas trabajados: defensa de los derechos humanos y del medio ambiente.

Larissa representa a la organización *Justiça nos Trilhos* (Justicia en el ferrocarril), de la Amazonia brasileña en una región afectada por el proyecto *Grande Carajás*. Se trata del mayor proyecto minero de la empresa Vale, que inició en 1980, con el objetivo de garantizar una estructura para la explotación y el transporte de grandes depósitos de mineral de hierro en la

región sudoeste del estado de Pará, en el norte de Brasil. Esta estructura tiene una vía de hierro de 892 kilómetros y conecta las minas situadas en el Pará, con el puerto de *Ponta da Madeira* situado en San Luis. Estos dos estados están fuertemente impactados negativamente por la extracción de hierro. Esto se realizó sin diagnóstico del impacto ambiental, sin estudio de las violaciones de derechos, sin elaboración de un plan integral de reparación, explica la activista. Las comunidades afectadas sufren negaciones de sus derechos: alimentación adecuada, agua, saneamiento básico, casa, trabajo, medio ambiente saludable... Asimismo, asegura que el trabajo de "Justicia en el ferrocarril" muestra que las mujeres en las comunidades afectadas por los proyectos de minería dedican mucho más tiempo al cuidado de la salud de sus familias que las mujeres que no viven en estos territorios afectados.

Desde la Caravana, aseveran haber "visto el dolor y la devastación sistemática", "bebido del agua contaminada" y "seputado hermanos a causa del lodo tóxico, la enfermedad y la desesperación". Aseguran que han sido "engañados, divididos, manipulados y amenazados y, aunque muchas veces con miedo, seguimos de pie".

El lema y el logo del viaje papal a Sudán del Sur



"I pray that all may be one" (Jn 17)

«Para que sean uno» (Jn 17): está tomado de la Oración sacerdotal de Jesús el lema del viaje que el Papa Francisco realizará a Sudán del Sur del 5 al 7 de julio.

Procedente de la República Democrática del Congo (donde llegará el día 2), el Pontífice visitará Juba, capital del país desde que el 9 de julio 2011 se independizó.

El lema fue dado a conocer por la oficina de prensa de la Santa Sede junto con el logo de la visita: este último contiene una paloma, el contorno del mapa de Sudán del Sur con los colores de la bandera nacional, una cruz y dos manos que se estre-

chan.

El ave estilizada —domina el mapa de la nación africana— lleva una rama de olivo en su pico para simbolizar el deseo de paz para el país.

En el centro, las dos manos se estrechan representando la reconciliación de las tribus que constituyen una única nación; mientras que a la derecha la cruz testimonia la herencia cristiana de Sudán del Sur y su historia de sufrimiento.

Al lado se encuentra la inscripción "Papa Francisco en Sudán del Sur" y la fecha del viaje apostólico, el 37º de su pontificado.

Las cartas credenciales de la embajadora de Ecuador

En la mañana del jueves 24 de marzo, el Papa Francisco recibió en audiencia a su excelencia la señora Alicia de Jesús Crespo Vega, nueva embajadora de Ecuador, con ocasión de la presentación de las cartas con las que es acreditada ante la Santa Sede.

La representante diplomática, nacida el 13 de septiembre de 1949, está casada y tiene cuatro hijos.

Realizó sus estudios en Cuenca y en Quito y sucesivamente ha cubierto los siguientes cargos: asistente administrativa en una empresa de agua potable (1968); asistente del Estudio jurídico del doctor Arturo Crespo Torai (1969-1974); voluntariado en la Junta de Beneficencia de Guayaquil (1988-1990); voluntariado en la Fundación Ocus y presidenta de la Armada Blanca (1991-1992); directora de la Obra Santa María y Reina de la Unidad de la región de Quayaquil y directora de la Fundación la Casa de la Misericordia (desde 1995); miembro de la Fundación Resurgere (desde 2010).

Las felicitaciones de nuestro periódico llegaron a su excelencia la señora Alicia de Jesús Crespo Vega, nueva embajadora de Ecuador ante la Santa Sede, en el momento en el que se dispone a cubrir su alto cargo.

LA GUERRA EN UCRANIA

Bendecida por el Papa y entregada por el cardenal Krajewski
Una ambulancia para Lviv

El cardenal limosnero Konrad Krajewski entregó personalmente al prefecto de Lviv la ambulancia, destinada al hospital infantil, que el Papa Francisco bendijo el pasado miércoles antes de la audiencia general.

“Tengo el privilegio de entregar el regalo especial de la ambulancia en nombre del Santo Padre: es un símbolo porque sirve para salvar vidas”, dijo el cardenal Krajewski, que condujo el vehículo durante unos dos mil kilómetros.

“El Papa es siempre el que construye puentes, el que trae la paz, por eso la ambulancia es para la gente que sufre.

Pero también representa el abrazo del Santo Padre.

Es una forma de decir ‘estoy cerca de vosotros, sufro con vosotros y pido y ruego la paz para este país que está en grandes dificultades’”.



La técnica de desestimar las palabras de Francisco como llamamientos de circunstancia

«El Papa habla de paz, pero...»

ANDREA TORNIELLI

“El Papa habla contra el rearme, pero... El Papa es el Papa, pero... El Papa no puede más que decir lo que dice, pero...”. Siempre hay un “pero” que en muchos embarazos comentarios acompaña al inequívoco no a la guerra pronunciado por Francisco, para contextualizarlo y debilitarlo.

Al no poder interpretar las palabras del Obispo de Roma en el sentido deseado, al no poder de ninguna manera “doblegarlas” en apoyo a la acelerada carrera armamentística tras la guerra de agresión desatada por Vladimir Putin contra Ucrania, entonces se toma distancia elegantemente diciendo que sí, que el Papa sólo puede decir lo que dice, pero que luego la política debe decidir.

El Catecismo de la Iglesia Católica contempla el derecho a la legítima defensa. Sin embargo, establece condiciones, especificando que el recurso a las armas no debe causar un mal y un desorden mayores que el mal que se quiere eliminar, y señala que en la evaluación de esta condición tiene un peso muy grande la potencia de los medios modernos de destrucción

Y la política de los gobiernos occidentales está decidiendo aumentar los ya muchos miles de millones a gastar en nuevas y cada vez más sofisticadas armas. Miles de millones que no se pudieron encontrar para las familias, para la salud, para el trabajo, para la acogida, para luchar contra la pobreza y el hambre.

La guerra es una aventura sin retorno, repite Francisco siguiendo los pasos de sus predecesores inmediatos, en particular de San Juan Pablo II. Las palabras del Papa Wojtyla con motivo de las dos guerras de Iraq y la guerra de los Balcanes también fueron “contextualizadas” y “desvirtuadas”, incluso dentro de la Iglesia.

El Papa, que al principio de su pontificado pidió “no tener miedo” de abrir “las puertas a Cristo”, en 2003 replicó en vano a tres go-

bernantes occidentales que pretendían derrocar el régimen de Saddam Hussein, pidiéndoles que se detuvieran.

Casi veinte años después, ¿quién puede negar que el grito contra la guerra de aquel Pontífice no sólo era profético, sino que estaba impregnado de un profundo realismo político? Basta con mirar la ruina del atormentado Iraq, transformado durante mucho tiempo en el depósito de todo el terrorismo, para comprender la clarividencia de la mirada del santo Pontífice polaco.

Lo mismo ocurre hoy en día. Con el Papa que no se rinde a la ineludibilidad de la guerra, al túnel sin salida que representa la violencia, a la lógica perversa del rearme, a la teoría de la disuasión que ha llenado el mundo de tantas ar-

mas nucleares capaces de aniquilar varias veces a la humanidad. “Me avergoncé -dijo Francisco en días pasados- cuando leí que un grupo de Estados se había comprometido a gastar el 2% de su PIB en la compra de armas, como respuesta a lo que está ocurriendo ahora.

no radical y convencido, no tiene nada que ver con la así llamada neutralidad ni puede presentarse como una posición partidista o motivada por cálculos político-diplomáticos.

En esta guerra están los agresores y están los agredidos. Están los que atacaron e invadieron, matando a civiles indefensos, disfrazando hipócritamente el conflicto bajo la apariencia de una “operación militar especial”; y están los que se defienden enérgicamente combatiendo por su propia tierra.

El Sucesor de Pedro lo ha dicho varias veces con palabras muy claras, condenando sin peros la invasión y el martirio de Ucrania que lleva más de un mes.

Esto no significa, sin embargo, que “bendiga” la aceleración de la carrera armamentística, ya iniciada hace tiempo, dado que los países europeos han aumentado su gasto militar en un 24,5% desde 2016: porque el Papa no es el “capellán de Occidente” y porque repite que hoy estar en el lado correcto de la historia significa estar en contra de la guerra y buscar la paz, sin dejar nada sin intentar.

Ciertamente, el Catecismo de la Iglesia Católica contempla el derecho a la legítima defensa. Sin embargo, establece condiciones, especificando que el recurso a las armas no debe causar un mal y un desorden mayores que el mal que se quiere eliminar, y señala que en la evaluación de esta condición tiene un peso muy grande la potencia de los medios modernos de destrucción.

¿Quién puede negar que la humanidad está hoy al borde del abismo precisamente por la escalada de conflictos y el poder de los medios modernos de destrucción? “La guerra -dijo ayer el Papa Francisco en el Angelus- no puede ser algo inevitable: ¡no debemos acostumbrarnos a la guerra! Más bien debemos convertir la indignación de hoy en el compromiso de mañana.

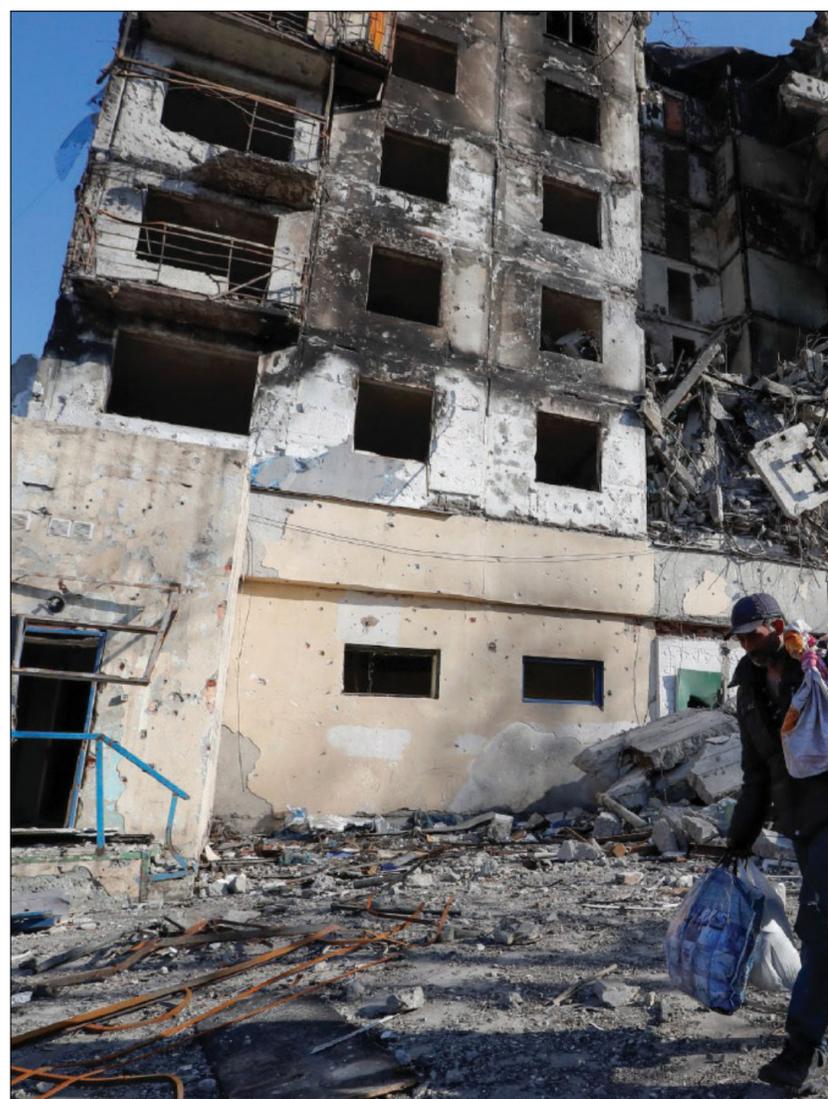
Porque, si de esta situación salimos como antes, de alguna manera todos seremos culpables. Frente al periodo de autodestruir-

se, la humanidad comprenda que ha llegado el momento de abolir la guerra, de cancelarla de la historia del hombre antes de que sea ella quien cancele al hombre de la historia”.

Por lo tanto, es necesario tomar en serio el grito, el reiterado llamamiento del Papa: es una invitación dirigida precisamente a los políticos para que reflexionen sobre esto, para que se comprometan con esto. Se necesita una política fuerte y una diplomacia creativa, para

perseguir la paz, para no dejar nada sin intentar, para detener la vorágine perversa que en pocas semanas está apagando la esperanza de una transición ecológica, está dando nuevas energías al gran negocio del comercio y el tráfico de armas.

Un viento de guerra que hace retroceder las agujas del reloj de la historia y nos sumerge de nuevo en una época que esperábamos archivada definitivamente tras la caída del Muro de Berlín.



El Papa vuelve a hablar de la guerra y pide una forma diferente de gobernar el mundo proponiendo el papel de las mujeres para sostener el modelo del cuidado

Es una locura seguir la vieja lógica del poder

Es una locura seguir la «vieja lógica de poder que todavía domina la llamada geopolítica»: frente a la guerra, el Papa Francisco afirmó que «la verdadera respuesta no son otras armas, otras sanciones, otras alianzas político-militares, sino otro enfoque, una forma diferente de gobernar el mundo ya globalizado – no haciendo ver los dientes, como ahora –, una forma diferente de establecer las relaciones internacionales». Con estas palabras el Pontífice se dirigió a las participantes del Congreso del Centro italiano femenino, recibidas en audiencia, en la mañana del jueves 24 de marzo, en la Sala Clementina. Proponiendo, en particular, el rol de las mujeres en el cambio de ruta de las relaciones internacionales, el Papa afirmó que «el modelo del cuidado ya se está realizando, gracias a Dios, pero lamentablemente todavía está sometido al del poder económico-tecnocrático-militar». Publicamos a continuación el discurso del Pontífice.

Queridas hermanas, ¡buenos días y bienvenidas! Y buenos días, eminencia [está presente el cardenal E. Menichelli]

Doy las gracias a la presidenta, Renata Natili Micheli, por las palabras con las que ha introducido nuestro encuentro. ¡Es valiente esta chica! ¡Es valiente! Habéis venido a Roma para celebrar vuestro Congreso electivo, cuyo tema va más allá de los plazos asociativos, es un tema amplio, de amplio alcance: “Identidad creacional del hombre y de la mujer en una misión compartida”. Bonito trabajo. Os doy las gracias porque ofrecéis vuestra contribución al diálogo sobre esta temática de la identidad del hombre y de la mujer. Una cuestión muy actual, no solo y no tanto en sentido teórico, sino en sentido existencial, en la vida de las personas; pienso especialmente en los niños y las niñas, los chicos y las chicas que, en su crecimiento, necesitan puntos de referencia, figuras adultas con las que confrontarse. Hombres y mujeres.

Pero sobre todo quiero daros las gracias porque estáis, porque en Italia existe y va adelante esta asociación vuestra de mujeres, que está animada por el Evangelio y quiere dialogar con todos por el bien común de la sociedad. Y esto no se da por descontado. Gracias.

El Centro Italiano Femenino nació en un contexto de defensa de la dignidad y de los derechos de la mujer, en ese período tan rico, tan fecundo para Italia que siguió a la Segunda Guerra Mundial. En ese contexto fuertemente polarizado en sentido ideológico, el CIF nace como elección de



la responsabilidad, del compromiso para custodiar lo humano. Era la elección por la que hoy llamamos cultura del cuidado, alternativa a la cultura de la explotación y del dominio. Volveré sobre esto.

En la Asamblea Constituyente, Maria Federici Agamben, primera presidenta nacional del CIF junto las otras representantes femeninas y transversalmente a las alineaciones partidistas, participó en la redacción de algunos artículos de la Constitución e influyó en la “filosofía” constitucional en torno a los temas de la solidaridad, la subsidiariedad y la laicidad del Estado.

Para vosotras, la participación en la vida política, como subrayaba Pío XII, no responde simplemente a la reivindicación de la plena ciudadanía de las mujeres, no, quiere ser un acto de justicia en relación con la comunidad y una valorización de la política considerada como forma de caridad, la forma más alta, quizá, de la caridad. Un compromiso que se implementa no en el ámbito político, sino en términos de derechos y cultura. El CIF, entonces como ahora, expresa esta visión de la política entendida como un servicio al bien común animado por la caridad. A tal propósito, el Catecismo de la Iglesia católica afirma que la justicia consiste en el realizarse las «condiciones que permiten a las asociaciones y a cada uno conseguir lo que les es debido según su naturaleza y su vocación» (n. 1928).

Queridas amigas, ya es evidente que la buena política no puede venir de la cultura del poder entendido como dominio y opresión, sino solo por una cultura del cuidado, cuidado de la persona y de su dignidad y cuidado de nuestra casa común. Lo prueba, lamentablemente de forma negativa, la guerra vergonzosa a la que estamos asistiendo.

Pienso que para aquellas de vosotras que pertenecéis a mi generación sea insostenible ver lo que ha sucedido y está sucediendo en Ucrania. Pero lamentablemente este es el fruto de la vieja lógica de poder que todavía domina la llamada geopolítica. La historia de los últimos setenta años lo demuestra: guerras regionales nunca han faltado; por esto yo he dicho que estábamos en la tercera guerra mundial por partes; un poco por todos lados; hasta llegar a esta, que tiene una dimensión mayor y amenaza al mundo entero. Pero el problema de base es el mismo: se sigue gobernando el mundo como un “tablero de ajedrez”, donde los poderosos estudian los movimientos para extender el predominio en detrimento de los demás.

La verdadera respuesta por tanto no son otras armas, otras sanciones. Me dio vergüenza cuando leí que no sé, un grupo de estados se han comprometido a gastar el dos por ciento, o el dos por mil del PIB en compra de armas, como respuesta a lo que está pasando ahora. ¡La locu-

ra! La verdadera respuesta, como he dicho, no son otras armas, otras sanciones, otras alianzas político-militares, sino otro enfoque, una forma diferente de gobernar el mundo ya globalizado – no haciendo ver los dientes, como ahora –, una forma diferente de establecer las relaciones internacionales. El modelo del cuidado ya se está realizando, gracias a Dios, pero lamentablemente todavía está sometido al del poder económico-tecnocrático-militar.

¿Por qué he querido hacer con vosotras esta re-

bre el camino de la no violencia. Es la escuela de los santos y las santas de toda época, que hacen crecer la humanidad con el testimonio de una vida dedicada al servicio a Dios y al prójimo. Pero es también –diría sobre todo– la escuela de innumerables mujeres que han cultivado y custodiado la vida; de mujeres que han curado la fragilidad, que han curado las heridas, que han curado las llagas humanas y sociales; de mujeres que han dedicado mente y corazón a la educación de las nuevas generaciones.

Vosotras podéis cambiar el sistema, las mujeres pueden cambiar el sistema si logran, por así decir, convertir el poder de la lógica del dominio a la del servicio, a la del cuidado. Hay una conversión que hacer: el poder con la lógica del dominio, convertirlo en poder con la lógica del servicio, con la lógica del cuidado. Y he querido hablar de esto con vosotras para recordarme a mí mismo y a todos, empezando por nosotros cristianos, que este cambio de mentalidad nos concierne a todos y depende de cada uno

flexión? Porque vosotras sois una asociación de mujeres, y las mujeres son las protagonistas de este cambio de rumbo, de esta conversión. Siempre y cuando no sean homologadas por el sistema de poder vigente. Siempre que mantengan la propia identidad de mujeres. Al respecto quisiera retomar un pasaje del Mensaje de San Pablo VI a las mujeres, al finalizar el Vaticano II. Dice así: «Pero llega la hora, ha llegado la hora en que la vocación de la mujer se cumple en plenitud, la hora en que la mujer adquiere en el mundo una influencia, un peso, un poder jamás alcanzado hasta ahora. Por eso, en este momento en que la humanidad conoce una mutación tan profunda, las mujeres llenas del espíritu del Evangelio pueden ayudar tanto a que la humanidad no decaiga» (nn. 3-4). Es impresionante la fuerza profética de esta expresión. De hecho las mujeres, adquiriendo poder en la sociedad, pueden cambiar el sistema. Vosotras podéis cambiar el sistema, las mujeres pueden cambiar el sistema si logran, por así decir, convertir el poder de la lógica del dominio a la del servicio, a la del cuidado. Hay una conversión que hacer: el poder con la lógica del dominio, convertirlo en poder con la lógica del servicio, con la lógica del cuidado.

Y he querido hablar de esto con vosotras para recordarme a mí mismo y a todos, empezando por nosotros cristianos, que este cambio de mentalidad nos concierne a todos y depende de cada uno. Es la escuela de Jesús, que nos ha enseñado que el Reino de Dios se desarrolla siempre a partir de la pequeña semilla. Es la escuela de Gandhi, que ha guiado a un pueblo a la libertad so-

Es grande la fuerza de la mujer. ¡Es grande! Hay un dicho – más que un dicho es una reflexión: si un hombre más bien joven se queda viudo, es difícil que se las arregle solo. El hombre no puede tolerar una soledad tan grande. Si una mujer envidua, se las arregla: lleva adelante la familia, lleva adelante todo. Explicad vosotras la diferencia, ¿dónde está? El genio femenino: este es el genio femenino. Este ejemplo ilumina bastante esta realidad.

La cultura del cuidado, de la acogida, la cultura del hacerse prójimo. Vosotras la vivís tomándola del Evangelio. Lo habéis aprendido en la Iglesia, madre y maestra, y formándoos en cultivar antes que nada en vosotras mismas la vida espiritual, a tener cuidado las unas de las otras, en la amistad, en la atención recíproca, especialmente en los momentos de dificultad, rezando las unas por las otras, no chismorreando las unas de las otras, no, jeso no está bien! Pero vosotras no lo hacéis, estoy seguro.

Queridas amigas, por todo esto os doy las gracias y os animo a ir adelante. Como otras asociaciones católicas históricas, también la vuestra ha cambiado con el cambio de la sociedad italiana. Por eso, también es bueno “aligerarse” de estructuras que se han vuelto insostenibles, para dedicarse mejor a formación y a la animación cultural y social. Que os acompañe siempre la Virgen María, que mañana contemplaremos en la Anunciación. Os bendigo de corazón a vosotras aquí presentes y a todas las socias, especialmente a las más frágiles. Y también vosotras, por favor, rezad por mí. ¡Gracias!



(Alexander Ermochenko/ Reuters)

La homilía durante la celebración penitencial en la basílica vaticana

Los hijos recurren a la Madre en la tribulación de esta guerra cruel e insensata

El Papa Francisco consagró Rusia y Ucrania al Corazón Inmaculado de María en la tarde del viernes 25 de marzo, solemnidad de la Anunciación. En la basílica de San Pedro, el Pontífice presidió el rito para la reconciliación de varios penitentes con la confesión y la absolución individual y el Acto de consagración. A continuación publicamos la homilía pronunciada durante la celebración de la Penitencia.

En el Evangelio de la solemnidad que hoy celebramos el ángel Gabriel toma la palabra tres veces y se dirige a la Virgen María. La primera vez, al saludarla, le dice: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1,28). El motivo de esta alegría, la causa de este júbilo, se revela en po-

descubrir la importancia de la Confesión. Lo necesitamos, porque cada renacimiento interior, cada punto de inflexión espiritual comienza aquí, en el perdón de Dios. No descuidemos la Reconciliación, sino redescubramosla como el Sacramento de la alegría. Sí, el Sacramento de la alegría, donde el mal que nos hace avergonzarnos se convierte en ocasión para experimentar el cálido abrazo del Padre, la dulce fuerza de Jesús que nos cura y la "ternura materna" del Espíritu Santo. Esta es la esencia de la Confesión.

Y entonces, queridos hermanos y hermanas, vamos a recibir el perdón. Vosotros, hermanos que administráis el perdón de Dios,

por favor, no temas. Dios conoce tus debilidades y es más grande que tus errores. Dios es más grande que nuestros pecados, es mucho más grande. Te pide una sola cosa: que tus fragilidades, tus miserias, no las guardes dentro de ti; sino que las lleves a Él, las coloques ante Él, y de motivos de desolación se convertirán en oportunidades de resurrección. ¡No temas! El Señor nos pide nuestros pecados. Recuerdo la historia de aquel monje del desierto, que había dado todo a Dios, todo, y llevaba una vida de ayuno, de penitencia y de oración. El Señor le pedía más. "—Señor, te he dado todo —le dijo el monje—, ¿qué falta? —Dame tus pecados". Eso nos pide el

recuerda una bella frase, colocada sobre un confesionario aquí en el Vaticano, que se dirige a Dios con estas palabras: «Separarse de ti es caer; volverse a ti, levantarse; permanecer en ti es hallarse firme» (cf. S. Agustín, *Soliloquios* I,3).

En estos días siguen entrando en nuestras casas noticias e imágenes de muerte, mientras las bombas destruyen las casas de tantos de nuestros hermanos y hermanas ucranianos indefensos. La guerra atroz que se ha abatido sobre muchos y hace sufrir a todos, provoca en cada uno miedo y aflicción. Experimentamos en nuestro interior un sentido de impotencia y de incapacidad. Necesitamos escuchar que nos



cas palabras: el Señor está contigo. Hermano, hermana, hoy puedes oír estas palabras dirigidas a ti, a cada uno de nosotros; puedes hacerlas tuyas cada vez que te acercas al perdón de Dios, porque allí el Señor te dice: "Yo estoy contigo". Con demasiada frecuencia pensamos que la Confesión consiste en presentarnos a Dios cabizbajos. Pero, para empezar, no somos nosotros los que volvemos al Señor; es Él quien viene a visitarnos, a colmarnos con su gracia, a llenarnos de su alegría. Confesarse es dar al Padre la alegría de volver a levantarnos. En el centro de lo que experimentaremos no están nuestros pecados, están, pero no están en el centro; sino su perdón: este es el centro. Imaginemos que en el centro del Sacramento estuvieran nuestros pecados: casi todo dependería de nosotros, de nuestro arrepentimiento, de nuestros esfuerzos, de nuestros afanes. Pero no, en el centro está Él, que nos libera y vuelve a ponernos en pie. Restituyamos el primado a la gracia y pidamos el don de comprender que la Reconciliación no es principalmente un paso que nosotros damos hacia Dios, sino su abrazo que nos envuelve, nos asombra y nos conmueve. Es el Señor que, como con María en Nazaret, entra en nuestra casa y nos trae un asombro y una alegría que antes eran desconocidos: la alegría del perdón. Ponemos en primer plano la perspectiva de Dios: volveremos a

sed los que ofrecen a quien se os acerca la alegría de este anuncio: Alégrate, el Señor está contigo. Ninguna rigidez, por favor, ningún obstáculo, ninguna incomodidad; ¡puertas abiertas a la misericordia! En la Confesión, estamos especialmente llamados a encarnar al Buen Pastor que toma en brazos a sus ovejas y las acaricia; estamos llamados a ser canales de la gracia, que vierten el agua viva de la misericordia del Padre en la aridez del corazón. Si un sacerdote no tiene esta actitud, si no tiene estos sentimientos en el corazón, mejor que no vaya a confesar.

El ángel habla a María por segunda vez. A ella, sorprendida por el saludo recibido, le dice: «No temas» (v. 30). Primera palabra, «El Señor está contigo»; segunda: «No temas». Vemos en la Escritura que, cuando Dios se presenta a quien lo acoge, le gusta pronunciar estas dos palabras: no temas. Se lo dice a Abrán (cf. Gn 15,1), se lo repite a Isaac (cf. Gn 26,24) y a Jacob (cf. Gn 46,3), y así sucesivamente, hasta José (cf. Mt 1,20) y María: no temas, no temas. De este modo nos brinda un mensaje claro y consolador: cada vez que la vida se abre a Dios, el miedo ya no puede convertirnos en sus rehenes. Porque el miedo nos aprisiona. Tú, hermana, hermano, si tus pecados te asustan, si tu pasado te inquieta, si tus heridas no cicatrizan, si tus continuas caídas te desmoralizan y parece que has perdido la esperanza,

Señor. No temas.

La Virgen María nos acompaña; ella misma entregó a Dios su desconcierto. El anuncio del ángel le daba serias razones para temer. Le proponía algo impensable, que iba más allá de sus fuerzas y que ella sola no hubiera podido manejar; habrían surgi-

do demasiadas dificultades: problemas con la ley mosaica, con José, con las personas de su pueblo y con su gente. Todas estas son dificultades, no temas. Pero María no presentó objeciones. Le fue suficiente ese no temas, le bastó la garantía de Dios. Se aferró a Él, como lo queremos hacer nosotros esta tarde. Porque a menudo hacemos lo contrario: partimos de nuestras certezas y sólo cuando las perdemos acudimos a Dios. La Virgen, en cambio, nos enseña a comenzar desde Dios, con la confianza de que así todo lo demás nos será dado (cf. Mt 6,33). Nos invita a ir a la fuente, ir al Señor, que es el remedio radical contra el miedo y el dolor de vivir. Lo

ángel vuelve a hablar por ter-

No descuidemos la Reconciliación, sino redescubramosla como el Sacramento de la alegría. Sí, el Sacramento de la alegría, donde el mal que nos hace avergonzarnos se convierte en ocasión para experimentar el cálido abrazo del Padre, la dulce fuerza de Jesús que nos cura y la "ternura materna" del Espíritu Santo. Esta es la esencia de la Confesión

Señor. No temas. Pero las seguridades humanas no son suficientes, es necesaria la presencia de Dios, la certeza del perdón divino, el único que elimina el mal, desarma el rencor y devuelve la paz al corazón. Volvamos a Dios, volvamos a su perdón. El ángel vuelve a hablar por ter-

cerza vez. Ahora le dice a la Virgen: «El Espíritu Santo descenderá sobre ti» (Lc 1,35). «El Señor está contigo», «No temas», y la tercera palabra es «El Espíritu Santo descenderá sobre ti». Es así como Dios interviene en la historia: dando su mismo Espíritu. Porque en lo que es importante nuestras fuerzas no son suficientes. Nosotros solos no logramos resolver las contradicciones de la historia, y ni siquiera las de nuestro corazón. Necesitamos la fuerza sabia y apacible de Dios, que es el Espíritu Santo. Necesitamos el Espíritu de amor que disuelve el odio, apaga el rencor, extingue la avidez y nos despierta de la indiferencia. Ese Espíritu que nos da la armo-

nía, porque Él es la armonía. Necesitamos el amor de Dios porque nuestro amor es precario e insuficiente. Le pedimos al Señor muchas cosas, pero con frecuencia olvidamos pedirle lo más importante, y que Él deseadaarnos: el Espíritu Santo, es decir, la fuerza para amar. Sin amor, en efecto, ¿qué podemos ofrecerle al mundo? Alguien ha dicho que un cristiano sin amor es como una aguja que no cose: punza, hierde, pero si no cose, si no teje y si no une, no sirve. Me atrevería a decir que no es cristiano. Por eso es necesario obtener del perdón de Dios la fuerza del amor, obtener ese mismo Espíritu que descendió sobre María. Porque, si queremos que el mundo cambie, primero debe cambiar nuestro corazón. Para que esto suceda, dejemos hoy que la Virgen nos tome de la mano. Contemplemos su Corazón inmaculado, donde Dios se reclinó, el único Corazón de criatura humana sin sombras. Ella es la «llena de gracia» (v. 28) y, por tanto, vacía de pecado; en ella no hay rastro del mal y por eso Dios pudo iniciar con ella una nueva historia de salvación y de paz. Fue allí donde la historia dio un giro. Dios cambió la historia llamando a la puerta del Corazón de María. Y hoy también nosotros, renovados por el perdón, llamemos a la puerta de ese Corazón. En unión con los obispos y los fieles del mundo, deseo solemnemente llevar al Corazón inmaculado

de María todo lo que estamos viendo; renovar a ella la consagración de la Iglesia y de la humanidad entera y consagrarle, de modo particular, el pueblo ucraniano y el pueblo ruso, que con afecto filial la veneran como Madre. No se trata de una fórmula mágica, no, no es eso; sino que se trata de un acto espiritual. Es el gesto de la plena confianza de los hijos que, en la tribulación de esta guerra cruel y esta guerra insensata que amenaza al mundo, recurren a la Madre. Como los niños, cuando están asustados, que van con su madre a llorar, a buscar protección. Acudamos a la Madre, depositando en su Corazón el miedo y el dolor, y entregándonos totalmente a ella. Es colocar en ese Corazón limpio, inmaculado, donde Dios se refleja, los bienes preciosos de la fraternidad y de la paz, todo lo que tenemos y todo lo que somos, para que sea ella, la Madre que nos ha dado el Señor, la que nos proteja y nos cuide.

Los labios de María pronunciaron la frase más bella que el ángel pudiera llevar a Dios: «Que se haga en mí lo que tú dices» (v. 38). La aceptación de María no es pasiva ni resignada, sino el vivo deseo de adherir a Dios, que tiene «planes de paz y no de desgracia» (Jr 29,11). Es la participación más íntima en su proyecto de paz para el mundo. Nos consagramos a María para entrar en este plan, para ponernos a la plena disposición de los proyectos de Dios. La Madre de Dios, después de haber pronunciado el sí, afrontó un largo y tortuoso viaje hacia una región montañosa para visitar a su prima escinta (cf. Lc 1,39). Fue deprisa. A mí me gusta imaginar a la Virgen siempre así, apresurándose. La Virgen que se apresura para ayudarnos, para protegernos. Que Ella tome hoy nuestro camino en sus manos; que lo guíe, a través de los senderos escarpados y fatigosos de la fraternidad y el diálogo, lo guíe por el camino de la paz.

La Iglesia sigue sufriendo, especialmente en Oriente Medio, pero también en otras partes del mundo en las que se impide la libertad de vivir la fe. Por la persecución, el ambiente hostil, la violencia de la guerra «de la que desgraciadamente la humanidad no parece saciarse jamás, como está ocurriendo ahora en Ucrania». Lo escriben el cardenal Leonardo Sandri y el arzobispo Giorgio Demetrio Gallaro, respectivamente prefecto y secretario de la Congregación para las Iglesias orientales, en la carta a todos los obispos del mundo, con ocasión de la Colecta de Tierra Santa.



Carta del cardenal Sandri a los obispos de todo el mundo

Para seguir esperando

Querido hermano en Cristo:

El Santo Padre, en la homilía del Domingo de Ramos de 2021, ha usado unas palabras muy fuertes para hablar de la Pasión del Señor: «Sorprende ver al Omnipotente reducido a nada. (...) Ver al Dios del universo despojado de todo. (...) Señor, ¿por qué dejaste que te hicieran todo esto? / Lo hizo por nosotros, para tocar lo más íntimo de nuestra realidad humana, para experimentar toda nuestra existencia, todo nuestro mal. Para acercarse a nosotros y no dejarnos solos en el dolor y en la muerte. (...) Jesús subió a la cruz para descender a nuestro sufrimiento. (...) Experimentó en su propia carne nuestras contradicciones más dolorosas, y así las redimió, las transformó» (Papa Francisco, *Homilía del 28 de marzo de 2021*).

El Papa Francisco ha vivido en 2021 dos peregrinaciones de esperanza entre las comunidades cristianas de Medio Oriente y de Tierra Santa; esperando contra toda esperanza, mientras todo el mundo se encontraba todavía bajo el embate de la pandemia, ha querido acercarse a algunos de los más pobres y afligidos por el dolor: nuestros hermanos y hermanas de Irak, tierra de Abraham, tierra del exilio,

tierra que ha sabido custodiar el nombre de Cristo, aun a pesar de la violencia de la guerra y la persecución. Junto a Él, con la oración y el afecto, también nosotros hemos recorrido las calles de Mosul y de Qaraqosh, nos hemos detenido, en oración, en la catedral sirio-católica de Bagdad, recordando a los testigos de la fe asesinados el 31 de octubre de 2010 mientras celebraban la liturgia, que el Oriente gusta llamar “el Cielo en la tierra”. Ese día la tierra se tiñó de sangre y escombros, y, sin embargo, reconocemos, como creyentes, que se liberó ahí la luz de la Pascua de Pasión y Resurrección y se difundieron el bálsamo y el perfume de aquellos que siguen al Cordero inmolado hasta el don de la propia vida. También en Chipre y después en Grecia, tierras de la predicación apostólica, el Papa se ha encontrado con el sufrimiento de la división: de una tierra, de los pueblos, de los mismos creyentes en Cristo, que aún no pueden sentarse en la misma

mesa de la Eucaristía, de aquellos que, en gran número, han llegado allí buscando refugio y acogida. No han faltado otras llamadas, gestos e invitaciones a la paz para otras tierras que la historia de la salvación y los episodios bíblicos nos mueven a considerar como “Tierra Santa”.

Ante estos gestos del Santo Padre, que testimonian el deseo de cercanía, de encuentro, de llevar al menos un poco de alivio, como si fuese la caricia del Nazareno, hemos de tener personalmente y como comunidades cristianas la valentía de preguntarnos: ¿qué es lo que estoy viendo, de qué me estoy dando cuenta? ¿Cuál es la amplitud de mi mirada? En la Pascua hacia la que nos conduce el camino cuareesimal que hoy hemos comenzado a recorrer, ¿dejaré que el Señor pueda visitar mis y nuestras soledades? Y al Amor que vendrá a visitarme, ¿sabré responder con amor? ¡El amor no se paga sino con amor!

Si en términos personales

Cristo ha sufrido y ha muerto una sola vez y no puede de nuevo morir, en su Cuerpo, que es la Iglesia, sigue sufriendo, especialmente en Medio Oriente, pero también en todos los otros lugares del mundo en los que la libertad de vivir la fe es conculcada e impedida: en muchos casos por la persecución, en otros por el ambiente hostil, frecuentemente por la globalización de la indiferencia, y también por la violencia de la guerra, de la que desgraciadamente la humanidad no parece saciarse jamás, como está ocurriendo ahora en Ucrania.

Durante dos años consecutivos los cristianos de Tierra Santa han celebrado la Navidad y la Pascua en una especie de aislamiento, sin el cariño y la amistad solidarias de los peregrinos que visitaban los Lugares Santos y las comunidades locales. Las familias han sufrido más allá de toda medida, y ello más por la falta de trabajo que por los efectos inmediatos de la misma pandemia.

Se debe al expreso deseo de

los Romanos Pontífices que se haya celebrado y se continúe celebrando la “Colecta pro Terra Sancta”, habitualmente colocada en el día de la Pasión salvífica del Señor: el Viernes Santo. No se trata de una realidad vieja y superada, porque, por el contrario, en ella se expresa el reconocimiento, ante todo, de nuestras raíces, que se encuentran en el anuncio de la redención, el cual se difundió desde Jerusalén y ha llegado hasta todos nosotros. El gesto de la oferta, aun pequeña, pero realizada por todos, como óbolo de la viuda, permite que nuestros hermanos y hermanas puedan seguir viviendo y esperando, y puedan también seguir ofreciendo un testimonio vivo del Verbo hecho carne en los Lugares y por las calles que vivieron su presencia. Si perdiésemos nuestras raíces, ¿cómo podríamos ser, en cualquier lugar del mundo en el que nos encontremos, un árbol que crece y da frutos de amor, caridad y generosa entrega? Mirando pues a Cristo, que

ha tocado hasta el fondo nuestra realidad humana, dejando que nos inspiren los gestos de proximidad que ha cumplido el Papa Francisco en sus Viajes Apostólicos, y acogiendo su invitación a ser solidarios con nuestros hermanos y hermanas de Tierra Santa, demos nuevo vigor y nueva savia a la práctica de la Colecta de Tierra Santa: a través de las competentes oficinas diocesanas y gracias a la presencia y a lo operado en todo el mundo por los Comisarios de Tierra Santa de la Orden de los Frailes Menores, vivamos la Colecta, y cuidemos igualmente su preparación por medio de testimonios, oraciones o la sencilla celebración del Vía Crucis. En Jerusalén, en Belén y en otros muchos santuarios y monasterios de Tierra Santa, todos los días se celebra la liturgia y se reza por la Iglesia en todo el mundo. Y a nosotros se nos invita a que nos acordemos con el corazón y con un pequeño donativo de todas esas fieles que, con agradecimiento por nuestra generosidad, pronuncian nuestro nombre ante el Señor. El material informativo que todos los años viene distribuido, facilita el ver todo el flujo de caridad y de vida que se hace posible gracias a la Colecta.

A usted, a los sacerdotes, a los religiosos y a los fieles —que ponen su generoso esfuerzo al servicio del buen resultado de la Colecta, manteniendo de este modo su fidelidad a una obra que la Iglesia pide que, con los medios habituales, sea cumplida por todos sus hijos—, gozosamente les transmito el vivo agradecimiento del Santo Padre Francisco. Y mientras invoco abundantes bendiciones divinas para la comunidad encomendada a su cuidado espiritual, le transmito mi más fraterno saludo en el Señor Jesús.

«Fratelli tutti» y las acciones de un ecumenismo hacia la paz

VIENE DE LA PÁGINA 1

cadadas en escritorios o despachos. Entonces “cada uno juega un papel fundamental en un único proyecto creador, para escribir una nueva página de la historia, una página llena de esperanza, llena de paz, llena de reconciliación”. Hay una “arquitectura” de la paz, donde intervienen las diversas instituciones de la sociedad, cada una desde su competencia, pero hay también una “artesanía” de la paz que nos involucra a todos. A partir de diversos procesos de paz que se desarrollaron en distintos lugares del mundo “hemos aprendido que estos caminos de pacificación, de primacía de la razón sobre la venganza, de delicada armonía entre la política y el derecho, no pueden obviar los procesos de la gente. No se alcanzan con el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad [...]. Además, siempre es rico incorporar en nuestros procesos de paz la experiencia de sectores que, en muchas ocasiones, han sido invisibilizados, para que sean precisamente las comunidades quienes colorean los procesos de memoria colectiva”.

Resulta un resumen de la “teología

del pueblo”, tan presente en Bergoglio y ahora aplicada al ecumenismo. La oración profunda del pueblo simple y humilde llega al trono mismo del Dios que busca la paz como un único camino de santidad social y política.

En segundo lugar, y en relación a la enorme vigencia de los corredores humanitarios, la experiencia de su desarrollo en los últimos años resulta una herramienta fundamental en estos tiempos donde millones de refugiados ucranianos buscan una nueva posada. Al concluir el Ángelus del domingo 13 de marzo último, el Papa Francisco expresó: «¡En nombre de Dios, escuchen el grito de los que sufren y pongan fin a los bombardeos y atentados! Se trabaje real y resueltamente en la negociación, y que los corredores humanitarios sean efectivos y seguros. En nombre de Dios, les pido: ¡detengan esta matanza!». En el capítulo II de la Encíclica *Fratelli Tutti* “Un Extraño en el camino”, el Papa Francisco desarrolla una hermenéutica actual, creativa y desafiante de la parábola del buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Entre los numerales 72 al 76 nos invita a reflexionar alrededor de cada uno de los personajes centrales de esta enseñanza fundamental de Jesús. Me tomo el atrevimiento en estas bre-

ves líneas de agregar un personaje a esta lista: La del “el posadero o el hospedador”. Si bien esta figura está destacada unos párrafos más adelante, pensar en cómo hacer personalizada esta entidad de servicio concreta es importante para completar la sanidad integral que propone el Evangelio. En el apartado 78, la Encíclica lo explicita de la siguiente manera: «Pero no lo hagamos solos, individualmente. El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontramos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades». Esta figura de quien dispone un techo seguro, un lugar concreto, un espacio de pertenencia y un marco de contención de sanidad integradora se hace presente en los miles de hogares generosos de Europa que abrieron sus puertas de amor. ¡Son los posaderos de hoy! Peor no solo se puede reducir a acciones comunes o a establecimientos profesionales o a organizaciones sociales. Me permito hoy extender la imagen del posadero definida de esta manera a los países y las uniones de manadas organizados. Sin este compromiso, los samaritanos no pueden completar su acción concreta de

proximidad. Los impulsos individuales y colectivos sociales deben poder dialogar y tener o recibir los recursos para que los gobiernos sean posaderos para los migrantes sufrientes o los enfermos dolientes. La parábola mencionada lo relata de la siguiente manera «... lo llevó a un alojamiento y lo cuidó. Al día siguiente, sacó dos monedas de plata y se las dio al posadero. “Cuidámelo, le dije, y lo que gaste usted de más, se lo pagaré cuando yo vuelva”». (Lc 10,34b-35). El posadero de la parábola de Jesús accedió a acoger al extranjero herido, no juzgó su procedencia ni su estado, hospedó al buen samaritano y accedió a fiarle a cuenta como ejemplo de préstamo de confianza. ¡Es tiempo de posaderos que hospeden a tantas personas heridas por una guerra inhumana!

Finalmente, la predisposición, el compromiso con Dios y con la humanidad debería tender a una búsqueda incansable y humilde de negociación hacia la paz. En el apartado #284 de *Fratelli Tutti*, el Papa Francisco expresó que: «el mandamiento de la paz está inscrito en lo profundo de las tradiciones religiosas que representamos. [...] Los líderes religiosos estamos llamados a ser auténticos “dialogantes”, a trabajar en la

construcción de la paz no como intermediarios, sino como auténticos mediadores. Los intermediarios buscan agradar a todas las partes, con el fin de obtener una ganancia para ellos mismos. El mediador, en cambio, es quien no se guarda nada para sí mismo, sino que se entrega generosamente, hasta consumirse, sabiendo que la única ganancia es la de la paz. Cada uno de nosotros está llamado a ser un artesano de la paz, uniendo y no dividiendo, extinguendo el odio y no conservándolo, abriendo las sendas del diálogo y no levantando nuevos muros». ¡Es tiempo de genuinos mediadores de paz que representen la bienaventuranza del Maestro y muestren así su filiación al Dios de paz. «Bienaventurados los pacificadores porque ellos serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Inspirados por *Fratelli tutti*, renovando el compromiso ecuménico y comprometiéndonos en estos tiempos de guerra, podemos por lo menos realizar tres acciones para la construcción de la paz: La oración del pueblo humilde como base mítica del ecumenismo. La acción concreta de los corredores humanitarios. Las negociaciones genuinas, valientes y duraderas de los líderes, especialmente de los religiosos.

Francisco prosigue las reflexiones sobre el valor de la vejez

Los ancianos primeras víctimas de una sociedad insensible y superficial

«La insensibilidad no te hace entender la compasión, no te hace entender la piedad, no te hace sentir vergüenza o remordimiento por haber hecho algo malo... Y la vejez se convierte en la primera víctima de esta pérdida de sensibilidad». Es la denuncia del Papa Francisco en relación con una sociedad cada vez menos capaz de ternura hacia los ancianos. El Pontífice habló de ellos en la audiencia general de la mañana del miércoles 30 de marzo, prosiguiendo en el Aula Pablo VI las catequesis sobre el valor de la tercera edad.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En nuestro itinerario de catequesis sobre el tema de la vejez, hoy miramos al tierno cuadro pintado por el evangelista san Lucas, que llama a escena a dos figuras de ancianos, Simeón y Ana. Su razón de vida, antes de despedirse de este mundo, es la espera de la visita de Dios. Esperaban que Dios viniera a visitarles, es decir Jesús. Simeón sabe, por una premonición del Espíritu Santo, que no morirá antes de haber visto al Mesías. Ana iba cada día al templo dedicándose a su servicio. Ambos reconocen la presencia del Señor en el niño Jesús, que colma de consuelo su larga espera y serena su despedida de la vida. Esta es una escena de encuentro con Jesús, y de despedida. ¿Qué podemos aprender de estas dos figuras de ancianos llenos de vitalidad espiritual? Primero, aprendemos que la fidelidad de la espera afina los sentidos. Por otro lado, lo sabemos, el Espíritu Santo hace precisamente esto: ilumina los sentidos. En el antiguo himno *Veni Creator Spiritus*, con el que invocamos todavía hoy al Espíritu Santo, decimos: «*Accende lumen sensibus*», enciende una luz para los sentidos, ilumina nuestros sentidos. El Espíritu es capaz de hacer esto: agudiza los sentidos del alma, no obstante los límites y las heridas de los sentidos del cuerpo. La vejez debilita, de una manera u otra, la sensibilidad del cuerpo: uno es más ciego, otro más sordo... Sin embargo, una vejez que se ha ejercitado en la espera de la visita de Dios no perderá su paso: es más, estará también más preparada a acogerla, tendrá más sensibilidad para acoger al Señor cuando pasa. Recordemos que una actitud del cristiano es estar atento a las visitas del Señor, porque el Señor pasa en nuestra vida con las inspiraciones, con la invitación a ser mejores. Y san Agustín decía: «Tengo miedo de Dios cuando pasa» - «¿Pero por qué tienes miedo? - «Sí, tengo miedo de no darme cuenta y dejarlo pasar». Es el Espíritu Santo que prepara los sentidos para entender cuándo el Señor nos está visitando, como hizo con Simeón y Ana. Hoy más que nunca necesitamos esto: necesitamos una vejez dotada de sentidos espirituales vivos y capaz de reconocer los signos de Dios, es más, el Signo de Dios, que es Jesús. Un signo que nos pone en crisis, siempre: Jesús nos pone en crisis porque es «señal de contradicción» (Lc 2,34), pero que nos llena de alegría. Porque la crisis no te lleva a la tristeza necesariamente, no: estar en crisis, sirviendo al Señor, muchas veces te da paz y alegría. La anestesia de los sentidos espirituales -y esto es feo- la anestesia de los sentidos espirituales, en la

excitación y en el entumecimiento de los corporales, es un síndrome generalizado en una sociedad que cultiva la ilusión de la eterna juventud, y su rasgo más peligroso está en el hecho de que esta es mayoritariamente inconsciente. No nos damos cuenta de estar anestesiados. Y esto sucede: siempre ha sucedido y sucede en nuestra época. Los sentidos anestesiados, sin entender qué sucede; los sentidos interiores, los sentidos del espíritu para entender la presencia de Dios o la presencia del mal, anestesiados, no distinguen. Cuando pierdes la sensibilidad del tacto o del gusto, te das cuenta enseguida. Sin embargo, la del alma, esa sensibilidad del alma puedes ignorarla durante mucho tiempo, vivir sin darte cuenta de que has perdido la sensibilidad del alma. Esta no se refiere simplemente al pensamiento de Dios o de la religión. La insensibilidad de los sentidos espirituales se refiere a la compasión y la piedad, la vergüenza y el remordimiento, la fidelidad y la entrega, la ternura y el honor, la responsabilidad propia y el dolor ajeno. Es curioso: la insensibilidad no te hace entender la compasión, no te hace entender la piedad, no te hace sentir vergüenza o remordimiento por haber hecho algo malo. Es así: los sentidos espirituales anestesiados confunden todo y uno no siente, espiritualmente, cosas del estilo. Y la vejez se convierte, por así decir, en la primera pérdida de sensibilidad. En una sociedad que ejerce principalmente la sensibilidad por el disfrute, disminuye la atención a los frágiles y prevalece la competencia de los vencedores. Y así se pierde la sensibilidad. Ciertamente, la retórica de la inclusión es la fórmula de rito de todo discurso políticamente correcto. Pero todavía no trae una real corrección en las prácticas de la convivencia normal: cuesta que crezca una cultura de la ternura social. No: el espíritu de la fraternidad humana -que me ha parecido necesario reiterar con fuerza- es como un vestido en desuso, para admirar, sí, pero... en un museo. Se pierde la sensibilidad humana, se pierden estos movimientos del espíritu que nos hacen humanos. Es verdad, en la vida real podemos observar, con gratitud conmovida, muchos jóvenes capaces de honrar hasta al fondo esta fraternidad. Pero precisamente aquí está el problema: existe un descarte, un descarte culpable, entre el testimonio de esta savia vital de la ternura social y el conformismo que impone a la juventud definirse de una forma completamente diferente. ¿Qué podemos hacer para colmar este descarte? De la historia de Simeón y

Ana, pero también de otras historias bíblicas de la edad anciana sensible al Espíritu, viene una indicación escondida que merece ser llevada a primer plano. ¿En qué consiste, concretamente, la revelación que enciende la sensibilidad de Simeón y Ana? Consiste en el reconocer en un niño, que ellos no han generado y que ven por primera vez, el signo seguro de la visita de Dios. Ellos aceptan no ser protagonistas, sino solo testigos. Y cuando un individuo acepta no ser protagonista, sino que se involucra como testigo, la cosa va bien: ese hombre o esa mujer está madurando bien. Pero si tiene siempre ganas de ser protagonista no madurará nunca este camino hacia la plenitud de la vejez. La visita de Dios no se encarna en su vida, de los que quieren ser protagonistas y nunca testigos, no los lleva a la escena como salvadores: Dios no se hace carne en su generación, sino en la generación que debe venir. Pierden el espíritu, pierden las ganas de vivir con madurez y, como se dice normalmente, se vive con superficialidad. Es la gran generación de los superficiales, que no se permiten sentir las cosas con la sensibilidad del espíritu. ¿Pero por qué no se lo permiten? En parte por pereza, y en parte porque ya no pueden: la han perdido. Es feo cuando una civilización pierde la sensibilidad del espíritu. Sin embargo, es muy bonito cuando encontramos ancianos como Simeón y Ana que conservan esta sensibilidad del espíritu y son capaces de entender las diferentes si-

tuaciones, como estos dos entendieron que esta situación que estaba ante ellos era la manifestación del Mesías. Ningún resentimiento y ninguna recriminación por esto, cuando estoy en este estado de quietud. Sin embargo, gran conmoción y gran consolación cuando los sentidos espirituales están todavía vivos. La conmoción y la consolación de poder ver y anunciar que la historia de su generación no se ha perdido o malgastado, precisamente gracias a un evento que se hace carne y se manifiesta en la generación que sigue. Y esto es lo que siente un anciano cuando los nietos van a hablar con él: se siente reavivar. «Ah, mi vida está todavía aquí». Es muy importante ir donde los ancianos, es muy importante escucharlos. Es muy importante hablar con ellos, porque tiene lugar este intercambio de civilización, este intercambio de madurez entre jóvenes y ancianos. Y así, nuestra civilización va hacia delante de forma madura. Solo la vejez espiritual puede dar este testimonio, humilde y deslumbrante, haciéndola autorizada y ejemplar para todos. La vejez que ha cultivado la sensibilidad del alma apaga toda envidia entre las generaciones, todo resentimiento, toda recriminación por una venida de Dios en la generación venidera, que llega junto con la despedida de la propia. Y esto es lo que sucede a un anciano abierto con un joven abierto: se despiden de la vida, pero entregando -entre comidas- la propia vida a la nueva generación. Y esta es la despe-



didada de Simeón y Ana: «Ahora puedo ir en paz». La sensibilidad espiritual de la edad anciana es capaz de abatir la competición y el conflicto entre las generaciones de forma creíble y definitiva. Supera, esta sensibilidad: los ancianos, con esta sensibilidad, superan el conflicto, van más allá, van a la unidad, no al conflicto. Esto ciertamente es imposible para los hombres, pero es posible para Dios. ¡Y hoy necesitamos mucho de la sensibilidad del espíritu, de la madurez del espíritu, necesitamos ancianos sabios, maduros en el espíritu que nos den una esperanza para la vida!

«*Encontrarme con los habitantes de un país que se encuentra en el centro del Mediterráneo y en el sur del continente europeo, hoy aún más comprometido con la acogida de tantos hermanos y hermanas que buscan refugio*»: este es el objetivo del viaje del Papa Francisco a Malta, previsto el próximo sábado y domingo. Lo dijo el mismo pidiendo a los fieles que lo acompañaran con la oración.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española. Teniendo presente el testimonio de Simeón y Ana, pidamos al Espíritu Santo que ilumine

nuestros sentidos espirituales para que descubramos los signos de Dios en nuestra vida y seamos testigos alegres de su presencia en medio del mundo. Que Dios los bendiga. Muchas gracias. Queridos hermanos y hermanas, el próximo sábado y domingo iré a Malta. En esa tierra luminosa seré peregrino tras las huellas del apóstol Pablo, que allí fue acogido con gran humanidad después de haber naufragado en el mar mientras se dirigía a Roma. Este viaje apostólico será la ocasión para ir a las fuentes del anuncio del Evangelio, para conocer personalmente a una comunidad cristiana de historia milenaria y vivaz, para encontrarme con los habitantes de un país que se encuentra en el centro del Mediterráneo y en el sur del continente europeo, hoy aún más comprometido con la acogida de tantos hermanos y hermanas que buscan refugio. Desde ahora saludo de corazón a todos vosotros malteses: feliz día. Doy las gracias a los que han trabajado para preparar esta visita y pido a cada uno que me acompañe con la oración. ¡Gracias!

Perspectivas del viaje apostólico del Papa el sábado y el domingo Malta significa hospitalidad

Si etimológicamente «Malta» significa «refugio», «puerto hospitalario», la cuestión urgente de la acogida -mejor dicho, de la «hospitalidad»- de los refugiados que ahora huyen sobre todo de la guerra en Ucrania, y de los migrantes que cruzan el Mediterráneo, es central en el próximo viaje apostólico del Papa Francisco a la isla, el sábado 2 y el domingo 3 de abril. Lo dijo el director de la Oficina de Prensa de la Santa Sede, Matteo Bruni, al presentar la mañana del 29 de marzo, los contenidos del 36º viaje apostólico del Pontificado. Desde Malta, desde el centro del Mediterráneo, la mirada se dirigirá a una Europa que necesita la paz precisamente para reafirmar que las diferentes identidades pueden convivir: y la propia lengua maltesa es un laboratorio de acogida de la diversidad. El Papa estará en Malta (el 56º país que visita) aceptando la invitación del Presidente de la República, las autoridades y la Iglesia católica. El viaje estaba previsto para el 31 de mayo de 2020, pero se pospuso debido a la crisis de la pandemia de Covid-19. Francisco es el tercer Papa que visita Malta después de Juan Pablo II (1990 y 2001) y Benedicto XVI (2010). El lema del viaje es, significativamente, «Nos trataron con rara humanidad», tomado de los Hechos de los Apóstoles (28,2). El logotipo muestra unas manos que apuntan a la Cruz desde un barco a merced de las olas. Las manos representan un signo de la aceptación del cristiano hacia su prójimo y de la ayuda a los que están en dificultad,

abandonados a su suerte. La barca recuerda la dramática historia del naufragio de Pablo en la isla de Malta -en el invierno del año 60, cuando se dirigía a Roma (Hechos de los Apóstoles 27, 27-44)- y la acogida que los malteses dieron al apóstol y a los naufragos (Hechos de los Apóstoles 28, 1-10). Francisco recordó el valor de estas experiencias en las catequesis de dos audiencias generales -8 y 22 de enero de 2020- dedicadas precisamente a San Pablo. Los orígenes de la Iglesia maltesa se remontan a la labor evangelizadora del apóstol Pablo. El primer obispo fue San Publio, que gobernó la Iglesia maltesa durante tres décadas antes de ser martirizado en Atenas en el año 112. El avión que transportará al Papa saldrá del aeropuerto internacional de Roma-Fiumicino a las 8.30 horas del sábado 2 de abril y aterrizará a las 10 horas en el aeropuerto internacional de Malta. Tras la ceremonia de bienvenida en el aeropuerto, a las 10.50 horas Francisco realizará una visita de cortesía al Presidente de la República de Malta en la Cámara de Embajadores del Palacio del Gran Maestre en La Valeta. A las 11.35 horas está prevista una reunión con el Primer Ministro en la «Cámara de los Pajes». A continuación, a las 11.50 horas, tendrá lugar un encuentro con las autoridades y el cuerpo diplomático en la «Sala del Gran Consejo», también en el mismo Palacio, durante el cual el Pontífice pronunciará un discurso. A bordo de un catamarán, a las 15.50 horas, el Papa partirá del Gran Puerto de La Vale-

ta hacia Gozo, llegando a las 17.00 horas al Puerto de Mgarr. El encuentro de oración en el Santuario Nacional de «Ta' Pinu» en Gozo -el Papa pronunciará la homilía- tendrá lugar a las 17.30 horas. A continuación, a las 18.45 horas, Francisco abandonará el puerto de Mgarr para dirigirse al puerto de Cirkewwa en Malta (la llegada está prevista para las 19.30 horas), antes de trasladarse a la Nunciatura Apostólica en Rabat. La jornada del domingo 3 se abrirá para el Papa, a las 7.45 horas, en la Nunciatura Apostólica, con un encuentro privado con miembros de la Compañía de Jesús. A las 8.30 horas, Francisco rezará en la Gruta de San Pablo, en la Basílica dedicada al Apóstol de las Gentes en Rabat. El Pontífice celebrará la Santa Misa a las 10.15 horas en la plaza de los Graneros de Floriana. Al final de la celebración dirigirá la oración del Ángelus. Por la tarde, a las 16.45 horas, el Papa se reunirá con los migrantes en el Centro «Juan XXIII Laboratorio de la Paz» de Hal Far: pronunciará un discurso. La ceremonia de despedida tendrá lugar a las 17.50 horas en el Aeropuerto Internacional de Malta. El avión que transporta a Francisco saldrá a las 18.15 horas y llegará al aeropuerto internacional de Roma-Fiumicino a las 19.40 horas. El Papa pronunciará los 5 discursos en italiano: la traducción se realizará a través de folletos, pantallas gigantes o de forma alterna.